

SENDAGORTA, Enrique de

¡Aquí estamos!

Granica, Madrid, 2008.

Es común citar la frase de uno de los filósofos cínicos de la Antigüedad, quien salió a una plaza de Atenas en pleno día portando una lámpara. Mientras caminaba decía: “Busco a un hombre”. “La ciudad está llena de hombres”, le dijeron. A lo que él respondió: “Busco a un hombre de verdad, uno que viva por sí mismo [no un indiferenciado miembro del rebaño]”.

El cínico se lamentaba de no haber podido encontrar al hombre. No puedo decir yo lo mismo que aquel viejo filósofo. He encontrado hombres excepcionales con los que he podido compartir buenas horas de conversación y mucho aprendizaje: Álvaro d’Ors, Federico Suárez o Rafael Alvira, entre los más amigos. Enrique de Sendagorta es también uno de ellos.

Probablemente aquel mundo, el de Diógenes de Sínope, aún pagano, no podía percibir la luz divina en lo humano del modo en que lo hizo verosímil el cristianismo. Son tantas las expectativas que ponemos en nuestros semejantes que con frecuencia en el encuentro rutinario con ellos nos vemos frustrados. Sin embargo, sólo de esos encuentros puede venir la esperanza que alegra la vida humana.

Aquí estamos, gracias a la magnífica pluma de Enrique de Sendagorta, nos habla uno de esos hombres.

Lo digo bien, nos habla él. Los recuerdos autobiográficos no nos hablan de él ni de su familia, ni de anécdotas más o menos divertidas o intrascendentes, sino que el autor nos lleva a recorrer las aventuras familiares, empresariales y políticas acompañados por su pro-

250 pia voz. Y es en el sonar de esa voz, en su timbre y en su tono, por emplear la metáfora musical tan ligada siempre a la vida de los Sendagorta, donde descubrimos, siempre a contraluz, al hombre.

¿Qué es entonces este libro? Desde mi punto de vista, una pieza de la historia de España. Es en esta categoría en la que yo lo clasificaría. Se escriben hoy muchas interpretaciones sobre la guerra civil, sobre el viejo régimen franquista, sobre el origen del nacionalismo vasco o sobre la transición, que, por su grado de generalización y abstracción son fácil presa de la ideología. Este libro, sin embargo, es un documento de primera magnitud de hasta qué punto los españoles con inteligencia, iniciativa y amor a la patria, ni de derechas ni de izquierdas, supieron procurar el progreso de nuestro país sin resentimiento de ningún tipo. Después de leerlo es difícil pensar que por aquel entonces no existía sociedad civil en España: la Naval, Petronor, el Banco Vizcaya, incluso el paso por el Ministerio de Comercio Exterior y definitivamente Sener; por no citar las aventuras empresariales de juventud. Siempre luchando por la libertad y la autonomía respecto del poder estatal.

Las páginas de este libro son una muestra de que la lucha por la sociedad civil no es, como dice ahora la filosofía política liberal, la reserva de un ámbito de no interferencia por parte del Estado en la vida social y económica de un país, sino la capacidad de emprender de personas individuales, concretas, el despliegue su ansia de libertad y de juego, de *divertimento* en el sentido más digno de la expresión; ese mismo que aparece en la Sagrada Escritura cuando se dice que Dios juega en el orbe de la tierra.

No parece que Enrique dedicara demasiado tiempo al deporte salvo aquellas esquiadas en las que conoció a María Luz o el golf que práctica asiduamente en la actualidad. Su mayor deporte fue, sin duda, emprender, seguir el ritmo de la tecnología muy por delante de las expectativas que por aquel tiempo marcaba la política de nuestro país. Hacer “marcas” con sentido de responsabilidad, procurando el bienestar de miles de familias.

Muchas veces viajo de Santander a Pamplona por la Autovía del Norte y admiro la refinería Petronor. Después de leer en este libro la historia de su comienzo no la contemplaré del mismo modo; como tampoco veré igual el espigón de Manu. Tenía razón Hegel al denominar a las instituciones “espíritu objetivo”. ¡Cuánta vida, cuanto tiempo, cuantas ilusiones detrás de todas esas torres! Vida y privada y vida civil, bien privado y bien público se muestran entrelazados en cada una de esas conquistas. Ese es el verdadero sentido del patriotismo ¿Y quién sabe hoy de ello? Por eso, este libro y otros muchos son necesarios. Gracias a él y a otros como él despertará la verdadera historia de nuestra España.

De ese hombre que está detrás del relato y de su familia me gustaría, al hilo de la rememoración del algún pasaje del libro, destacar sólo una característica que, por otro lado, ya he citado: la ausencia de resentimiento o de rencor, que es la fuente de la esperanza y del verdadero optimismo. Llegar alegre a la madurez de la vida me parece lo más difícil; es decir, que a pesar de las heridas recibidas, no se llegue a torcer el gesto de nuestro rostro.

Uno de los relatos que más me ha impresionado del libro es la huida de Plencia a San Sebastián, supuestamente a Filipinas, para evitar el asesinato del padre de Enrique de Sendagorta. Septiembre de 1936: el registro, la detención del padre, la incertidumbre, el silencio, las señales de las palizas en la checa, los intentos de escapada, los días en Mundaca, la navegación hasta San Sebastián. Y ¿qué queda en el recuerdo? La bondad de las familias que les atendieron, que la mar en aquella navegación salvadora estaba bella y, finalmente, “la sonrisa, los abrazos y el contento de todos transmitían tal felicidad que yo no recuerdo otra ocasión comparable en la vida”. El recuerdo está limpio de odio.

Un relato referente a otra herida es la evocación del día de las pruebas del Cabo San Roque, una de las primeras obras principales de Enrique como proyectista ingeniero naval. No fue invitado “por lo que fuera”, destaca, a las pruebas oficiales de mar. Y siguiendo el

252 curso de su Cabo San Roque y en la superación de su nostalgia nació el impulso de dedicarse a Sener. Ningún proyecto de alto alcance puede prescindir de esa superación interior. De nuevo el mar. De nuevo el horizonte abierto.

Impresionante también resulta el relato de la fusión de los astilleros. La lucha de Enrique por encontrar pedidos que pudieran salvar a la industria naval. Ya desde su viaje al cono sur de América: “en agosto había dicho a mi mujer que estaría en casa en diez o doce días, relata, y no volví hasta Navidad para, al cabo de un mes volver a Buenos Aires hasta casi el verano. Así una y otra vez”. Después en el Ministerio, en los años de la Naval y finalmente desde Petronor, cuando ya parecía perdida toda esperanza: “de nuevo luché para no lograr nada”, nos confiesa. Quizás es la derrota que aparece en el libro con un mayor *pathos* de tristeza: el fracaso de los astilleros españoles; “la huida de la responsabilidad de la construcción naval española”. Librar hasta la última batalla y aceptar que otros no quieran colaborar, incluso que estén resueltos a obstaculizar. Todo tiene nombres y apellidos. No son leyes del mercado o movimientos de la fortuna. Y, a pesar de todo, cordialidad, aceptación, empuje.

Finalmente quiero dejar constancia de otro de los “pasos” de este libro: el trabajo por la liberalización de la economía en el régimen de Franco, que requirió de muchas personas que entonces estaban en el gobierno o en puestos directivos de los ministerios. Se trata de una acción tan difícil que de nuevo requiere de una superación interior que es “perder poder”. “A mi me tocaba, cuenta Enrique, el control de las compuertas del comercio exterior. Se trataba de suprimirlas cuanto antes: liberalizar en la medida que fuera posible y hacerlo sin dañar indebidamente a la industria y a la agricultura”.

El mar es la metáfora de la vida de este Sendagorta. El mar no es la corriente, es un espacio abierto que se pone de manifiesto en muchas de las líneas de este libro; es, como bien vio Hobbes al utilizar la figura del monstruo marino Leviatán para dar título a su obra magna, la tentación del hombre, ser terrestre; una tentación que le

empuja siempre al desarrollo de la técnica, a la conquista del universo: marinero del universo quiero ser, dice Walt Whitman en uno de los poemas que se evocan en *Aquí estamos*.

No quiero acabar esta breve reseña con mis propias palabras, sino con las del mismo Enrique. Son palabras que han calado hondo en mi corazón y que, de algún modo, me apelan a asumir la herencia de la tradición de esta singular familia vasco española: “hoy día, los viejos no sólo hemos perdido familiares y amigos, sino también nuestras formas de vivir. Todo lo que nos era propio ha desaparecido o ha mudado: principios, sentimientos, gustos, costumbres, sensibilidades y palabras corren desbocados tras los cambios técnicos, económicos, políticos y sociales, sobre los que ya no somos capaces de cabalgar y nos rebasan. Se me presenta así la tentación del abandono y la conclusión irrefutable de que el espíritu que nos alentó perteneció a una raza desaparecida ya, olvidada. Repaso entonces en mi mente los avatares de la historia y las oscuridades que nuestros abuelos padecieron y, entre tantos acontecimientos y cambios, siempre aparece, renovada y vencedora, la luz ancestral que se abre paso hasta nosotros, aleja visiones derrotistas y combate las oscuridades que nos asaltan.

Desde la orilla de la playa se mira siempre al mar. Aquella brecha azul y el horizonte abierto curan siempre los ensimismamientos estériles: por allí va el vuelo hacia la estrella incommovible de nuestro escudo, herencia del pasado y esperanza para los que nos siguen”.

Montserrat Herrero
Universidad de Navarra
(mherrero@unav.es)